Año V—Epoca II La Plata, 1ª quincena de Mayo de 1923 Núm. 97

Redacción y Administración: 14 N. 1227
LA PLATA

IDEAS

Suscripción mensual 0.20
Número suelto. . . 0.10

Publicación Quincenal | Editada por la Agrupación del mismo nombre | Administrador: Risto Stoianovich



PROCLAMA DEL DIA

¡Arriba, luchadores de este instante!...
Ya asoma por oriente la mañana...
Ha llegado la hora del combate
y es necesario no desperdiciarla.

¡Arriba, arriba! Nuevamente ha vuelto
la inspiradora eterna de las almas:
el alba roja que soñaron todos
los que entregados a una justa causa,
se dieron plenamente a la pelea
para salvar a la progenie humana,
con la firmeza estoica de los santos
y la visión de un sol en las miradas.

¡Arriba, pues! A nuestras puertas bate
con fervoroso redoblar el alba...
Sólo espera saber de los videntes
si están dispuestos a empeñar batalla.

Es la mañana afuera...
Es la gloria en los campos y en las alas;
es un impulso a levantarse, en todo,
y es sobre el todo una sonora diana.
Y en las corolas de los tiernos lirios
de tersas carnes y candor de infancia,
es el rocío diáfano, irisado,
como promesa azul para las almas.
Nimbo hialino de auroral pureza,
halo soberbio de bruñidas lanzas,
destilación suprema de la noche
que volcó su silencio en esas ánforas,
es el rocío la gentil corona
que rinden siempre a la creación, las albas.

También las flores primorosas, húmedas,
han comenzado a despertar, airosas,
de sus letargos mórbidos sacadas
por el tibio besar con que las dora
el padre sol; y exhalan de sus pétalos
el perfume sutil en que se inmolan,
--erótico perfume que expandido
en la blanca mañana vibratoria,
se funde, se difunde y se confunde
con las mil armonías laboriosas
que la siempre feraz naturaleza
puso en el alma misma de las cosas.

Todo invita a vivir: la flor, los campos,
las suaves brisas, las humildes bestias,
¡hasta el insecto mismo que al trabajo
de criar sus crías con afán se entrega!
Todo invita a vivir, a desdoblarse,
a prodigar amor a manos llenas,
a sembrar para todos la alegría
como el bien y la luz en las conciencias.
Pero hay fuerzas retrógradas, bestiales,
—que se producen como fuerzas ciegas,—
que pretenden matar los entusiasmos,
ahogar en el capullo las ideas,
de los ensueños desterrar las alas,
y de la juventud sus inherencias,
—fuerzas que vienen desde muchos siglos
actuando en todo por la ley de inercia,
y que sólo el simún de la justicia
como a basura vil ha de barrerlas.

Ya que la vida ha sido maniatada
por los cretinos y por los trompetas
que, si no son malvados, son seniles
o asexuados y viles proxenetas;
ya que la vida así, viril, fecunda,
amorosa, sencilla, santa y buena
como debiera ser, se ha hecho imposible
vivirla bravamente, toda entera,
--por culpa de los pillos
por culpa de los déspotas,
por culpa de los tontos,
y en suma o fin, por culpa de los mierdas,—
vamos a la contienda, compañeros,
vamos a redimirla de torpezas,
arrancando de cuajo sus desdichas,
aventando a los cielos sus lacerias,
para volver a amarla bella y pura,
ya limpia de barbaries y tristezas.



Que estas fuerzas de bien, que hoy aplicamos,
no queden nunca muertas;
que suban, se agiganten, se hipertrofien
como sangrientas flamas en protesta,
y barrerán, triunfantes, las murallas
húmedas de vergüenza,
pútridas de ignorancia,
líquidas de vileza,
de esta caduca sociedad roída
por la crueldad, el odio y la miseria,
que fomentó cuarteles y hospitales
y talleres y cárceles infestas,
para el músculo inútil, el cerebro
en zozobra perpetua,
y el corazón sumido en cobardías
como un perro sarnoso en una ciénaga.

¡Oh, las corrientes sanas!...
¡Oh, las pasiones buenas!...
—Fermentos son que rugen,
que anuncian y que gestan
el cataclismo en que serán hundidas
Sodomas y Gomorras y Pompeyas!

***

Hoy que los nervios
se han distendido alegres, sacudidos
por el núbil calor del alba roja
nunciatriz del amor que perseguimos;
hoy que por fin sentimos en los pechos,
como un afecto que incubó el cariño,
vibrar la llamarada de la gloria
bajo el impulso vívido
que al universo totalmente agita;
hoy que con voz de amigo
nos dice, todo, compañeros, todo:
«Vive, hombre, inmensamente, tus designios
más altos y mejores,
vive con tus amores y delirios,
tus entusiasmos y tus esperanzas»...
sin una duda de nosotros mismos,
ni un solo gesto,
ni un instante esquivo,
hagamos el esfuerzo más gigante
y más definitivo
que en el curso nefasto de la historia
se haya una vez inscripto:
alcemos al espacio, de las iras
el potente martillo,
como inmensa protesta de una raza
que al fin ha comprendido
que no es la esclavitud el justo medio
para ningún destino;
elevemos el brazo que en las fraguas
se tostó a fuego vivo;
levantemos los puños formidables,
de músculos provistos,
para la gran revuelta libertaria,
para el triunfo condigno,
¡y que caigan feroces y furentes,
sin temores, sin ascos, punitivos,
sobre el cráneo malvado y alevoso
de este crimen inicuo
que se llama Presente,
y es código y desdén, odio y mordisco!

***

¡Arriba, luchadores de esta hora!...
¡Ha llegado, por fin, el gran momento!...
¡Ya asoma por oriente el alba roja!
¡Háganse pues los grandes escarmientos!
¡Arriba, arriba! ¡Desplegad las alas!
¡De vuestros ojos sacudid el sueño!
¡De vuestros brazos disponed los músculos!
¡De vuestros pechos desgajad el trueno!
Y con la brava fe del que consciente
sabe por su ideal jugarse entero,
y abriendo brechas en el mal, profundas
cual la que cava un bólido en el suelo,
vayamos todos juntos, todos juntos,
¡oh, compañeros!
tras el último instante doloroso
del combate supremo,
a clavar la bandera de la vida
sobre las altas cumbres del recuerdo,
en homenaje a la inmortal grandeza
de los heroicos mártires que fueron,



Incitativa

Hermano: Que cese la fábrica su ruido; que calle el taller; que los negros monstruos junto a los cuales te consumes, enmudezcan; que las calles queden desiertas; que todo se detenga, descanse, proteste. ¡Hoy es un día trascendental! ¡Hoy es el día en que todo debe decir: es necesario abolir el mal!

Por los que allá, en la Chicago trágica fueron ahorcados, por los dos idealistas Sacco y Vanzetti que allá en Norteamérica se quiere electrocutar,

¡Cruza los brazos, hermano!

Contra los que traicionaron, allá en Rusia, la gran revolución; contra los que asesinaron a Barón y León Chorni; en protesta contra los zares rojos que estrangularon aquellos pueblos; por Néstor Makno entregado hábilmente a la «justicia» polaca; y en nombre de los valientes que en Kronstad fueron fusilados,

¡Cruza los brazos, hermano!

Contra el fascismo que allá en Italia incendia bibliotecas; donde se encarcela a Malatesta; donde se persiguen y se aplastan las ideas de redención; donde las hordas mussolinianas se ensañan impunemente con toda clase de adversarios,

¡Cruza los brazos, hermano!

Por el recuerdo del trágico Montjuich y las sangrientas masacres de Jerez; contra los crímenes de Barcelona, donde impera la inquisición medioeval y acciona el puñal de los franciscanos,

¡Cruza los brazos, hermano!

Contra el cesarismo socialista enseñoreado en Alemania, que entrega a nuestros compañeros a los inquisidores de Mussolini, y a Nicolai a los torquemadas de Alfonso XIII, y donde vive el pueblo en el más espeluznante pauperismo,

¡Cruza los brazos, hermano!

Por los 172 campesinos hindúes que fueron fusilados; por los que en Egipto son asesinados en homenaje a Inglaterra; contra el imperialismo que la feroz Albión hace pesar sobre sus colonias; y contra los dirigentes socialistas que viendo estas cosas, callan, y callando otorgan,

¡Cruza los brazos, hermano!

¿Y aquí? ¡Oh! aquí donde Falcón hizo asesinar al pueblo en 1909; donde la semana trágica de Enero de 1919 se cierne todavía como un reto; donde los crímenes de Gualeguaychú, las barbaries de Bartolomé Mitre, los atropellos de Jujuy y la tragedia de Santa Cruz nos duelen todavía y nos sublevan el ánimo al recordarlo; aquí, donde Radowitzky y otros compañeros, penan en las prisiones el delito de su amor al pueblo, ¿qué menos, en protesta y en homenaje podremos hacer, que abandonar el trabajo? El recuerdo de aquellos crímenes, lo pide; el amor a los caídos y la admiración al mártir lo exigen:

¡Cruza los brazos, hermano!

Y por Wilckens, que la bestia burguesa quiere hundirnos en la cárcel; por Badaracco, al que la casta militarista está haciendo penar su amistad hacia aquél, no negada ni traicionada; por Silveyra, que la inquisición policial argentina quiere que le sea entregado; y por tu honor, en fin, todos los días escarnecido y pisoteado,

¡Arma tu brazo, hermano!

Armalo de folletos, ármalo de periódicos, ármalo de verdades, ármalo de lo que te parezca más propio para el instante que atravesamos, y sale a la calle a producir el acto que tus entusiasmos te aconsejen.

BERNARDO GRAIVER.

De entre el río de la vida...

La vida corre fugaz desde hace ya muchos siglos. Su camino es siempre el mismo; monótono y fastidioso sin variar jamás un ápice. En su constante andar va dejando tras de si como resíduos inútiles, escombros de lo anterior, viejas ruinas despreciables y vacías, existencias destrozadas. Pero nos deja también algo muy sano y muy grande: es un puñado de hombres que, mirando hacia el futuro, vense surgir descollantes, como símbolos, inmortalizados por sus bellas existencias y sus obras duraderas: Tolstoy, Kropotkine, Reclús...

Y es que la vida es así: como un caudaloso y profundo río de aguas turbias, malolientes, que se dirige veloz hacia regiones lejanas, sin crecientes ni bajantes.

En sus aguas van mezclados todos los seres humanos—mujeres, hombres y niños,—y con ellos lo inherente a su existencia: miserias, dolor y llanto; penas, rencores y espinas, amor, bondad y belleza, y rosas de suave perfume.

Y este río como obra ineluctable del tiempo, va marchando quietamente a perderse en el mar inmenso de la nada, arrastrando consigo todo el contenido de sus aguas: lo bueno y lo malo, mujeres, niños, hombres y cosas, flores y espinas, para depositarlos al fin como despojos vacíos.

Y este mar inmenso es muy fácil encontrarlo: un palacio, un prostíbulo, un hospital o una cárcel.

Y es así como la vida se traga todos los seres, los reduce, los anula, y los deja en el camino como ruinas tras de sí.

Pero en medio de este río tenebroso de la vida y sobre la superficie de sus aguas tranquilas, se eleva, con proporciones de montaña, una visible roca, modesta y blanca, de la que se desprenden hálitos de amor y solidaridad.

Se divisa desde lejos ésta roca salvadora y su voz llama a todos los seres que arrastrados por las aguas pasan a su lado; ofréceles ayuda y los invita a trepar sobre ella.

Niñito bueno, mujer amantísima—madre, hermana o compañera—no os dejéis llevar por las aguas turbias de este río pestilente: subíos a la roca. Y nosotros, hombres jóvenes que sentimos en el corazón y en la sangre un generoso y noble impulso, salvémonos también. Esa roca es la Anarquía; fué puesta allí por un puñado de hombres inmortales: es su obra imperecedera. No dejemos que se desmorone.

A. E. KENNY HART.

Glorias de la civilización

LA ESCLAVITUD UNIVERSAL

Cualquiera puede facilmente constatar que la humanidad en su conjunto es hoy inmensamente rica y poderosa.

El pequeño planeta que habitamos, antes tan desolado y yermo, está hoy repleto de las creaciones del hombre, de infinidad de instrumentos, mecanismos y artefactos creados por su genio para la satisfacción de todas sus necesidades y caprichos. La tierra está en condiciones de ser más habitable y la vida más cómoda; las fuerzas obscuras de la naturaleza que subyugaron a nuestros antepasados, han sido domadas, aprisionadas y puestas a nuestro servicio.

La industria humana reina sobre los elementos naturales; hilos casi invisibles, transmisores de energía, hacen rodar millones de ruedas que ponen en movimiento innumerables engranajes, los cuales ejecutan su labor con precisión matemática.

Todo está bien previsto y calculado; no surgen dificultades ni se desperdicia ninguna fuerza. Cada vez se crean nuevas riquezas y se hacen descubrimientos nuevos. La civilización triunfa soberbiamente.

Siendo esto así, cabría suponer en lógica sencilla, que los hombres de hoy viven con mayor libertad y más desahogo que los de épocas remotas, cuando apenas algunos instrumentos rudimentarios podían auxiliar sus brazos.

El razonamiento es bien simple: si antes, desprovistos de medios de producción, éramos esclavos de nuestras necesidades, hoy, cuando los tenemos portentosos, deberíamos estar emancipados de ellas, deberíamos ser los amos, los dominadores de la materia inerte. ¿Es preciso decir que la realidad es justamente lo contrario?

No; pues tan fácil como se comprueba la enormidad de *nuestra* riqueza material, se echa de ver también la miseria y esclavitud de nuestra existencia. El contraste que ofrece la civilización actual no puede ser más violento.

Y no quiero ya referirme a la flagrante iniquidad que significa el despojo de millones de seres que no disfrutan de una partícula del patrimonio social, a las criaturas que mueren de inanición junto a los inmensos almacenes atestados de víveres, a los que se debaten entre las tinieblas de la más crasa ignorancia en este esplendente siglo de las luces. Son cosas estas, por demás sabidas y repetidas hasta el cansancio.

Hay otro aspecto de nuestra civilización, menos observado quizás, pero que no señala con menor elocuencia lo absurdo de sus bases. Me refiero a la subordinación que ella impone hacia su aparato externo, a todos los hombres, ya sean ricos o pobres, opresores u oprimidos.

Los poderosos: grandes industriales, banqueros, financistas, altos funcionarios del gobierno, etc., toda la plana mayor de la casta privilegiada, disponen, ciertamente, de grandes riquezas, tienen a sus órdenes innumerables servidores y se hallan rodeados de toda clase de comodidades, ¿pero son por eso realmente libres?, ¿pueden hacer lo que les venga en gana, por ejemplo: abstenerse del cumplimiento de ciertas prácticas absurdas, dar rienda suelta a sus impulsos íntimos o quitarse de encima preocupaciones abrumadoras? ¿Pueden, en fin, sentirse hombres, antes que industriales, banqueros o ministros? No, no pueden hacerlo porque todo el sistema actual se los impide. Que lo intenten apenas, que descuiden su posición social en beneficio de su propia personalidad y todo se pondrá en contra de éllos, todos se combinarán para desalojarlos y echarlos a la ruina.

Se dirá que los potentados pueden siempre retirarse de la explotación o el agiotaje activo, para dedicarse a una vida íntima y reposada; pero el hecho mismo que sean muy pocos los que se avengan a ello, demuestra claramente la influencia aplastadora y tiránica del régimen sobre los individuos. La mayoría de estos sacrifica todo lo más preciado para el hombre: juventud, amores, sentimientos solidarios, sólo por seguir el torbellino de la civilización contemporánea. ¿Son, o no, esclavos de ella?

Si descendemos a la vida de las clases «inferiores», observaremos el mismo fenómeno. Esos, por ejemplo, que se llaman de la *clase media*, que actúan de ayudantes o auxiliares directos de los grandes tiburones del comercio, la industria, etc., ¿no se desviven y agotan por completo en el estúpido afán de ascender o conservar su puesto? Ellos saben bien que por más que se levanten y progresen, no dejarán nunca de vivir miserablemente, pero prefieren ésto, antes que descuidar un instante sus «obligaciones» y preocuparse de los problemas que su situación de seres humanos les plantea. Muchos hay que tienen conciencia de su inferioridad, real, pese a su barniz exterior de soberbia y aun, que tratan de rehabilitarse volviendo por sus fueros de hombres, pero el yugo los ha deformado de tal modo y castrado sus energías, que por lo general renuncian en la mitad de la obra.

Pero estos son los menos. La generalidad se pavonea orgullosa y muy satisfecha de su servidumbre.

Observemos ahora en las filas del proletariado, entre la masa más despreciada de la población, levadura eterna de todas las rebeliones. Aun aquí encontramos divisiones y subdivisiones, aristocracia y plebe. Los obreros mejor retribuidos, los que disponen de un mendrugo mejor por ser más hábiles en sus tareas, suelen mirar con desprecio a los que ejecutan una labor ordinaria y reciben menos paga.

Ellos, los obreros «calificados», aun sabiéndose esclavos, tienen un cierto orgullo por su *arte* u oficio. Su aspiración más alta es alcanzar la mayor perfección en el trabajo y consideran inferiores a los que son obreros poco hábiles. Me refiero aquí, a la generalidad, descontando desde luego honrosas excepciones.

Por otra parte, esas excepciones existen en todas las clases.

Ese prejuicio de corporación u oficio, hace del obrero un ser doblemente esclavo; una vez del patrono y otra del trabajo en sí. Además, la industria moderna tiende a convertirlo en verdadero autómata, al asimilarlo a sus engranajes, anulando así casi del todo su personalidad. Y es esclavo una vez más.

En cuanto a esos otros productores que ejecutan las tareas más desagradables, que menospreciados por sus mismos hermanos, son parias entre los parias, demás está decir que su dignidad humana es estrujada y pisoteada por la sociedad entera. Son los esclavos por excelencia, de nuestra época.

En fin, el cuadro que nos depara la avanzada civilización actual, mirado por donde se quiera, es el de una absorbente y total esclavitud de los hombres. Después de haber dominado la naturaleza con nuestras creaciones, hemos quedado subyugados por éstas. Somos víctimas de las instituciones opresoras y de nuestro propio espíritu utilitario y timorato. Ambas cosas se unen y complementan para impedir el libre desarrollo de nuestra personalidad.

Para remediar esta deplorable situación de los hombres, se impone una doble y profunda transformación en la vida social. Hay que arrancar de cuajo el árbol del privilegio, restituyendo a todos el patrimonio universal y matar al mismo tiempo ese espíritu tan torpe y restringido que nos hace preferir las riquezas materiales a nuestra expansión espiritual, a las ingentes riquezas morales. No importa que sacrifiquemos ciertas *comodidades* de la civilización, que más que facilitar la existencia la relajan. Lo esencial, lo único que debe preocuparnos, es conseguir nuestra libertad, es emanciparnos de todos los yugos y cadenas que anulan y deforman nuestro ser.

La consecución de tan magno propósito, al que dedicamos toda nuestra energía, constituye el triunfo del Ideal más grande, más excelso que conociera la humanidad: el triunfo de la Anarquía.

J. PRINCE.

Mendoza.

Por qué somos anarquistas

Anarquistas somos porque juntamos todos los dolores, todas las miserias y todas las hambres de los oprimidos y las echamos sobre nuestros hombros, pues el dolor del pueblo es nuestro; nunca pasa de largo ante nosotros sin dejar profunda y quemante huella en nuestro cerebro. No procede así con nosotros el placer, no; el placer nos embriaga, nada más... ¿Y el triunfo?. Nosotros triunfamos siempre, contínuamente; el ideal anarquista es la afirmación de un triunfo constante; pero el triunfo final, el ruidoso triunfo final, no nos interesa; nos anularía... Es muy pequeño el fin para coronar una obra tan grande como la nuestra.

Anarquistas, sí; somos anarquistas porque también nosotros estamos hambrientos, pero hambrientos de libertad, sí, de libertad, de esa libertad que se nos coarta continuamente, pretendiendo limitarnos como se limita el espacio a los pájaros, encerrándolos.

Somos anarquistas porque no reconocemos gobiernos, porque afirmamos que el hombre puede y debe gobernarse por si mismo, porque no reconocemos la ley en la cual no vemos sino un tirano más temible aun que los de carne y hueso, porque ese tirano no presenta blanco para herir; porque combatimos toda sumisión y acatamiento, porque queremos hacer de nuestra vida, una vida noble y bella, una obra de amor y de arte.

Somos anarquistas, siempre, eternamente anarquistas, porque somos rebeldes, enamorados de la vida, de la vida libre; porque en nosotros hay algo de poetas, hay algo de Prometeo y de Cristo; porque somos buenos; en una palabra, porque somos hombres.

ENRIQUE DELACHAUX.

El hombre que quería afilar su hacha

Recuerdo que cuando yo era niño, un hombre se acercó a mí con un hacha al hombro. Era muy de mañana y hacía frío.

—Lindo muchachito—me dijo;—¿tiene tu padre, aquí cerca, una piedra de afilar?

—Sí, señor,—le contesté.

—Eres un mocito muy simpático, —añadió.—¿Quieres dejarme afilar mi hacha en esa piedra?

Halagado yo por sus elogios, le dije sonriendo: ¡Oh, sí, señor!

—Y dime, hombrecito—agregó él, acariciándome;—¿podrás proporcionarme un poco de agua caliente?

¿Cómo hubiera podido yo negarle cosa tan sencilla? Me alejé corriendo, y a los pocos instantes volví con una vasija llena.

—¿Cuántos años tienes? ¿Como te llamas?—prosiguió él. Y antes de que le contestara, añadió: Estoy seguro de que eres uno de los mejores muchachos que he visto en mi vida. ¿Quieres hacerme el favor de darle vueltas a la rueda?

Envanecido por sus lisonjas, me puse a trabajar con todas mis fuerzas. ¡Cuánto me ha pesado lo que hice aquel día! El hacha era nueva, y tuve que afanarme de tal modo, que por poco me muero de cansancio.

En esto oí la campana de la escuela, pero no podía dejar el trabajo; mis manos se llenaban de ampollas y todavía el hacha estaba a medio afilar.

Por último quedó afilada. Entonces el hombre se volvió hacia mí y me dijo:

—Oye, tunante: estás haciendo novillos. Si no te largas pronto a la escuela, te azoto con el mango del hacha.

—¡Ay de mí!—pensé;—como si no fuera bastante penoso el dar tantas vueltas a la piedra, todavía me amenaza y me llama tunante.

El lance quedó grabado indeleblemente en mi memoria, y desde aquel día lo he recordado con frecuencia.

Cuando veo a un comerciante mostrarse extremadamente cortés para con sus parroquianos, convidándolos a licores y refrescos e instándolos demasiado a que compren sus mercancías, suelo decirme: «Ese hombre quiere afilar su hacha»

Cuando veo a un hombre adulando al pueblo y alardeando de amor a la libertad, sabiendo yo que en su vida privada es un tirano, me dan ganas de gritar: "¡Cuidado, buena gente! Ese hombre tiene trazas de haceros dar vueltas en su provecho a la rueda de afilar".

Cuando veo otro hombre elevado por el espíritu de partido a desempeñar las funciones de un alto destino público, constándome que carece de aptitudes y de los méritos personales necesarios para hacerse útil e inspirar respeto, "¡ay!,—digo para mí—pueblo alucinado; por alguna razón te han condenado a dar vueltas a la rueda de afilar, para que se beneficie un zoquete".

BENJAMÍN FRANKLIN.

¿Para quién?

¿Para quién escribimos estas lineas? ¿Para quién desparramamos a los cuatro vientos, voces de comunismo y anarquía?

Para todo el mundo, para todos los que nos ignoran y por lo mismo nos combaten con las más falsas armas, para todos los que nos confunden, con pérdida, ¡ay! para nosotros, y para todos los desdichados, especialmente, que sufren el mal y no conocen sus causas.

Todo aquel que se encuentra bajo la explotación y bajo la obediencia, es un robado y es un esclavo. Luego pues, a él le interesa, directamente, hacer lo posible por acabar con las opresiones que lo subyugan.

Para conseguir esto es preciso crear conciencia, hacerse hombre, conocer el camino de la verdad; y para ello es necesario observar, estudiar, leer libros, periódicos y folletos de los que tratan sobre asuntos de emancipación, y reflexionar lo leído, y ver si cuanto afirman sus autores es real, es evidente, o es sólo simple producto de la imaginación.

De esta manera, el que llegue a conocer nuestra doctrina, estamos seguros que despertará. Entonces verá cual es el ideal de justicia, digno de amor y de sacrificio; verá también que todo el peso de la sociedad presente descansa sobre los trabajadores siempre explotados, y aprenderá que no hay sino un solo modo de arrojar ese peso: la revolución.

Una vez que ame nuestro ideal anarquista, dejará de lado todo egoísmo y se dedicará a desparramar las ideas que ha conocido, para que ellas germinen en todos los corazones humanos.

Es de esta manera como podremos tirar la muralla de dolor que gravita sobre las espaldas de todos, para destruir la sociedad presente, insalubre y pérfida en cualquier sentido, y construir sobre sus escombros la nueva sociedad de justicia y de fraternidad.

R. S.

FECUNDIDAD

Llevad hasta las madres, las novias, las hermanas,—hasta todas las mujeres,—la buena nueva de fraternidad y de justicia; arrancad las vendas con que los obscurantistas, con que los profesionales del egoísmo han cegado esos ojos de claror divino, y veréis a esa hembra hermosa, despertar hecha madre, madre amorosa hasta la sublimidad.

Y a través de la historia veremos a la mujer espartana que arrojaba, rebosante de alegría, sus hijos a la lid, trocarse en la Luisa Michel, altiva, soberbia, que desafiando las iras de los todopoderosos, levantando a los caídos, hablándoles de amor, de redención, impulsaba a todos los hombres, a todos los desheredados, hacia la gran revolución.

A esas madres que gimen, suplican, imploran a sus hijos que no vayan a la guerra, no por el renunciamiento ni por la negación de las bondades humanas que ésta implica, sino por el temor de perderlos, las veremos también transformarse en esas mujeres rusas de las que nos habla Stepniak, pletóricas de amor, que sacrificaban a sus hijos en aras de la libertad, depositando sobre sus frentes besos cálidos, reconfortantes,—besos de madre,—dándoles así nuevos bríos; y las veremos, en fin, arremeter al tirano hasta caer despedazadas. Es Rosa Luxemburgo en las barricadas, Vera Zazulich en las plazas de San Petersburgo, siempre madre, hasta en el sacrificio.

Sí, compañeros; despertad a la hembra, hecha mujer, hecha madre; preñadla con las ideas—semen fecundo—y ella nos dará hijos imperecederos, hermosos como soles al despuntar el día.

Sí, compañeros; para la chinita linda, cuyos ojos están hinchados de tanto llorar la muerte de su payador o de su novio que llevaron los «melicos», será el ideal anárquico el mejor regalo, será el payador todo alma, todo empuje, que se hace carne en su cuerpo robusto y flexible como el ñandubay, que se hace alma en su espíritu claro como auroras de primavera.

Entonces esa paisanita, criollita linda que añoraba al payador, se sentirá fuerte, se sentirá madre, y como la heroica Emma Goldman modulará el verbo de la revolución, de la anarquía, con la fuerza de su sangre, hermanada por su robustez con la savia del roble.

Sí, compañeros; esas chiquitas que más que hembras parecen muñecas, que esperan con impaciencia a sus novios a la vuelta de una esquina, criarán alas, serán aves que romperán con sus piquitos las rejas de sus cárceles y anunciarán con sus trinos la aurora roja.

Sí, compañeros; preñad a vuestras novias, a vuestras madres, a vuestras hermanas, a todas las mujeres, con ideas, con el semen fecundo de la anarquía y engendrarán hijos imperecederos, hermosos como soles al despuntar el día.

V. HUGO CÒRDOBA.

Violentos...

He aquí encerrado en ésta palabra, el por qué del temor y de los odios que los anarquistas inspiran a la gran mayoría del pueblo, tanto a ricos como a pobres, a explotadores como desheredados; temor y odio que les ha sido infiltrado en la escuela, primero, y luego en el cuartel, o bien por la prensa capitalista y amarilla;—obra ésta embrutecedora por completo, pues nunca se ha puesto al alcance del individuo, con toda imparcialidad, más de un principio o de una idea, para que éste con su racioninio sepa elegir el camino para su vida: el de la esclavitud o el de la libertad.

Lo que se ha hecho, sí, es tomar el cerebro del niño, virgen todavía, por un receptáculo de conocimientos que el niño no razona pero que tiene la obligación de aprender. Y es así como su cerebro, deformado desde la infancia, ha ido construyendo al hombre de después, que es, más que un hombre, una máquina dócil para la mano práctica de los políticos que lo dirigen.

Es por ello que jamás, jamás, en toda la existencia recorrida por los hombres formales, han sido estos capaces de ir más allá de lo que la escuela les ha remachado en el cerebro, ni han permitido al pensamiento un minuto de libertad, para que derribara, en un arranque de loca inspiración, las barreras con que lo cercaron, y poder expandirse, volar muy alto, hasta el más extremo límite de los ensueños.

No otra es la reflexión que me hago ni cabe hacerse al ver a tantos hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres (sobre todo de estos últimos) indiferentes por completo a cuanto signifique libertad, amor, justicia,—palabras con las cuales se explica el pensamiento anarquista, y no con las que en las escuelas nos inculcaron, convenciéndonos de que la anarquía se basa en la fuerza.

No y mil veces no; somos y seremos siempre enemigos recalcitrantes de la violencia, y jamás trataremos por medio de ella, de persuadir a nadie de la bondad de nuestras ideas, pues siendo nuestra finalidad la libertad y el amor, mal podríamos nosotros y hasta risible fuera, ser los primeros en pisotearlas y en alimentar odios contra aquellos que no las profesen o las acepten.

Nuestro camino no es ese que vosotros, bien o mal intencionados, propaláis que seguimos los anarquistas. Es muy distinto por cierto. Tenemos fe en nuestro ideal y llevamos y llevaremos siempre nuestra tea encendida, bien en alto, para que ilumine con su luz vivificante, hasta el rincón más íntimo del cerebro de nuestros semejantes, para que se despierten sus conciencias, para que se liberten de prejuicios, para que rompan las cadenas del pasado y aspiren a la libertad.

Pero he aquí que así como somos de respetuosos con nuestro prójimo, somos también su más terrible enemigo cuando por los más violentos medios que escapan a toda justicia, se quiere poner vallas al canto libertario, lanzado hacia los pueblos a la actuación. Entonces sí que nuestro profundo amor tórnase en profunda venganza. En ese instante sí que nos sentimos violentos, pero no con la violencia de la autoridad sino del hombre digno, la violencia de la vida, la que surge por reacción natural contra los atropellos, los manoseos y el sojuzgamiento, la «legítima defensa», en fin, como reza hasta en los códigos de la más ruin de las justicias.

No queráis colocar obstáculos en nuestro camino; no seais ilusos. No es un hombre, no son dos, no son mil los que, sacados de nuestro lado, podrán hacer que desaparezca nuestro ideal; comprendedlo bien, meditadlo mejor.

Nuestro ideal es más que todo un ejército puesto en marcha; es mucho más que todos los acorazados, todos los autos blindados, todos los aeroplanos y zepelines lanzados en loco ataque; es más aun, es mucho más todavía: es el pensamiento que no admite límites, que no se encierra, que no se mata; es el pensamiento que grita, que canta, que ruge, que truena, que es chispa, es luz, es llama y es volcán; es, en fin, el de la libertad, a cuyo bravo empuje cayeron las bastillas y caerán un día todos los privilegios y los males de la presente sociedad burguesa.

EDGARDO RICETTI.

La leyenda del 1º de Mayo

Cuando la época de vergüenza y de sangre, que agoniza con el penúltimo siglo del segundo milenio, esté bien muerta, y de la última podredumbre broten,—eterno poema de la vida,—las flores de nuevas primaveras madurando la mies para toda la familia humana, ya verdaderamente hermanada; cuando los gigantes de hierro arrastrados a través de los continentes y los océanos, por la fuerza y con la velocidad del rayo, lleven de una extremidad a otra del mundo, los productos del hombre al hermano lejano—y las canciones de guerra y las epopeyas del pasado se hayan apagado, como meteoros nocturnos, en el albor de cantos nuevos, flameantes sobre la nueva transfiguración de la especie humana; cuando las lenguas suaves de Dante, de Victor Hugo y de Cervantes se hayan fusionado en soberbia armonía ideal con los idiomas austeros de Shakespeare, de Goethe y de Dostoiewsky—y la libertad, besada por el arte, haya elevado los corazones al culto del amor, de la belleza, y de la justicia,—religiones sobrevenidas entre los hijos del hombre,—entonces, el historiógrafo, porque en aquel tiempo de verdad habrá verdadera historia, dirá a sus contemporáneos el símbolo del 1.º de Mayo, llegado a ser leyenda y día sagrado para los redimidos:

«En una época ya lejana, habia sobre la tierra cosas monstruosas, a las que el hombre civil de la nación humana dudaría en prestar fe, si no existieran los mudos testimonios de tanta infamia que duró una larga noche de siglos.

»Lo que ahora parece natural: el derecho al goce de los bienes brindados a los hombres por Natura y al del trabajo de las generaciones pasadas, trasmitido a las futuras como propiedad de cada uno y de todos, se consideraba utópico, cuando no era castigado como delito.

»Nacía, y moría, entonces, la humanidad con destino infcuo.

»Una parte de ella, que se llamaba la clase de los ricos, de los potentados, había acaparado usurpándolo con el fraude o con la violencia, todo el tesoro del genio, del estudio y del trabajo—la inmensa reserva de riqueza—que no un hombre, sino todos los hombres, no una generación, sino todas las generaciones, habían acrecentado con sus sudores, con sus lágrimas, con su sangre.

»La guerra del hombre contra la Natura, rebelde a cederle sus tesoros, sus secretos, había sido sostenida en común, tras largos milenios de preparación fatigosa; y con todo, algunos prepotentes o estafadores se habían posesionado del producto social de los siglos, en nombre de un privilegio que llamaron de propiedad.

»Del otro lado, abajo, las muchedumbres obreras de todos los países (entonces divididos por la ambición de los poderosos) vivían en una condición extraña, incomprensible para el ciudadano de la nación humana.

»Los hombres de trabajo, que por consecuencia producían toda la riqueza, se transmitían de padre a hijo la fatiga—una fatiga de mulos—y con la fatiga la miseria.

»Las crónicas de aquel tiempo cuentan que existían albañiles de casas, los que después de haber construído tantas para aquellos que no sabían edificarlas, quedaban sin un techo bajo el cual pasar la vejez, cansada de tanto desgaste; que existían tejedores y tejedoras que después de haber confeccionado kilómetros de paño, telas y puntillas para quien no sabía tener la lanzadera en la mano, pasaban largos inviernos sin poder cubrirse ellos mismos, sus niños y los viejos suyos; que existían agricultores, los que después de haberse cansado años y años en cultivar y hacer crecer, para quien no sabía guiar el arado, arroyos de trigos y otros productos agrícolas, quedaban a veces privados de la parte aun mínima de aquel pan, que los improductivos tiraban con desprecio a los perros.

»Y lo más absurdo resultaba del hecho de que aquella clase de trabajadores, que se había afanado para producir—una vez que había llenado los almacenes ajenos, de su producto, y que el capricho del mercado de entonces no quería más,—era arrojada en la miseria, casi condenada al hambre, por haber trabajado con exceso. Y se llamaban estos fenómenos de la imprevisión y de la estultez de aquellos sistemas, crisis de producción—mientras el mercado era una forma de robo legal, de mutua expoliación en que la suerte de las naciones y de las necesidades públicas se reducían a un vil juego de azar.

»Asi marchaban las cosas con pocas cambiantes de forma, desde tiempo inmemorable cuando en las entrañas mismas de esta sociedad putrefacta, aparecieron los gérmenes de la Resurrección.

»Y es aquí, donde la historia, después del poema de los poetas precursores, toma los contornos fantásticos de la leyenda.

»Un día, del sepulcro de cinco mártires, hechos ahorcar por una sociedad de mercaderes, en una metrópoli de América, porque habían pregonado los derechos de los trabajadores, y una jornada de fatiga menos larga y menos bestial para si y para sus compañeros, partieron en peregrinaje para una reunión de obreros, que se realizaba en una ciudad europea, muchos hombres de buena voluntad, los que se llamaron caballeros del trabajo, como puñado de combatientes contra los caballeros de la holganza.

»Y allá en el congreso mundial, ellos llevaron esta idea, simple y grande—como todas las cosas que salen del corazón del pueblo:—que el 1.º de Mayo (el mes de las holganzas dulces para el vagabundaje elegante y feliz) debía de ser proclamado día de descanso por voluntad de las huestes proletarias mismas.

»Que en ese día, los trabajadores del mundo arrojaran en un rincón los utensilios de sus oficios, cruzando los brazos ante los holgazanes de todos los tiempos, para ver si el mundo caminaba por obra de quien producía muriendo de privaciones, o por mérito del que quedaba inactivo, aún nadando en lo supérfluo.

»Que en el día proclamado, los hijos de las varias naciones, mirando al Sol, comprendiesen que éste empezaba a resplandecer sobre un espectáculo nuevo: la unificación de la patria universal del hombre, en nombre del trabajo.

»Y la fecha memorable empezó a regir desde el primer año de la última década del siglo XIX.

»A la mañana del día predestinado (historia o leyenda que será real de todos modos) las gentes humanas cuyo único blasón eran las manos callosas y los vientres se-

mi-vacíos, se despertaron, acariciadas por las armonías de un himno misterioso aún no escuchado por humanos oídos. Aquel himno venía de lejos, de todos los ángulos más apartados del mundo; y pasaba entre las máquinas inmobles, sobre los muelles silenciosos, sobre las ciudades extrañadas, como un rumor leve de voces infinitas, en variados idiomas,—un clarineo de esperanzas, de dolores, de ideales; alguna cosa que decía de la dulzura de un alborear, y de la aproximación de una tempestad.

»Los otros, los parásitos, hacían alarde de sonreir con sorna; pero la sonrisa cambióse en triste mueca, y concluyó en contracción de miedo, y en un temblor de terror.

»Y a cada nuevo pretexto, a cada elevación de voz obrera pregonando los derechos del estómago mal alimentado, las clases vivientes en la holganza ordenaban a unos hombres adiestrados en el arte de matar a otros hombres, que llamábanse soldados, el exterminio a fusilazos de los hermanos, los padres, las esposas.

»Así perpetuábase este inconcebible hecho: que el pueblo trabajador que se aniquilaba para estos holgazanes, entonces llamados patrones, era el mismo que fabricaba sus cadenas, y los fusiles y los cañones que debían servir para exterminarlos, por manos de sus hijos, por manos del pueblo, esclavos ellos también, y pisoteados.

»Pero los vientos vivificadores de las primeras auroras del gran himno misterioso de resurrección, pasaban de año en año, fortaleciendo las conciencias en los pechos obreros.

»Y las voces que se transmitían la palabra de orden de frontera a frontera, se acrecentaban de continuo, de modo que al finalizar del siglo se trocaron en fragor de huracán.

»Fué en la primera mañana de Mayo de uno de los más agitados días del siglo XX, cuando se realizó el milagro—la transfiguración maravillosa de los hombres y de las cosas,—y es aquí también, donde la historia se adorna con los esplendores de la leyenda.

»Las iniquidades, las estafas, las violencias triunfantes y honradas, cometidas en las altas esferas sociales, habían llenado en demasía el cáliz de las amarguras y de las vergüenzas, ofrecido desde siglos a las muchedumbres laboriosas, en compensación de los sacrificios inenarrables, de donde había brotado la civilización.

»El alma popular estaba llena de dolor, de idealidades.

»Cuando el primer Sol de Mayo se levantó, millares de voces cantaron de común acuerdo el himno de emancipación; porque los esclavos se habían contado, y se daban cuenta, recièn entonces, que eran ellos el número, la fuerza, el derecho, la humanidad; los otros, los dominadores, no eran más que un puñado de holgazanes, temblorosos de miedo.

»Desde aquel día de luz, empieza la epopeya del género humano, la fecha histórica de la edad nueva. El milagro de todas las naciones obreras, que entendíanse hablando el mismo idioma, en acentos variados—el idioma del trabajo creador, reivindicador—este milagro de gloria, fué la redención del hombre, en la vida y por la vida.»

—

En tal forma, el historiógrafo del porvenir, cuando escriba la verdadera historia narrará la leyenda del 1.º de Mayo.

PEDRO GORI.

De dolor y de optimismo

Trepida la bóveda de la estación; a cada instante llegan y salen trenes; respiran jadeantes los monstruos de hierro; oleadas de gente barren los andenes; todo es actividad, movimiento; la vida renace.

La ciudad despierta y da comienzo a las diarias tragedias, a los engaños, a los dolores. Y las oleadas de gente llegan y calladamente se desparraman por las calles.

La expresión de los rostros es uniforme, una misma preocupación se pinta en las caras marchitas de hombres, mujeres y niños: el deber, la obligación.

Todos pasan, pasan, somnolientos, tristes, fríos, como autómatas; sus ojos sin vida, sin luz, evidencian la pobreza de espíritu, la decrepitud de sus almas, la impotencia para concebir un acto de belleza moral. Son el producto del siglo, son el pobre rebaño humano.

Los días iguales, sin variante, monótonos, mataron las más dulces aspiraciones, callaron los más lindos cantos. La esclavitud del trabajo, puso en los rostros el sello del cansancio, del hastío, de la incomprensión. Sus preocupaciones son mezquinas, ruines; sus vidas, pobres vidas de esclavos sumisos.

Son el rebaño humano que pasa, que pasa... Y el corazón se estruja, se acongoja el alma, se crispan los puños y se sueña con revanchas de vencidos, con clamoreos de revueltas; con mundos de libertad y amor; con mundos donde no lleven los hombres grabado en el rostro el estigma de la esclavitud.

E. G. B.

Buenos Aires.

Rápida

Todo hombre que ame intensamente la libertad, tiene forzosamente que sentir repudio hacia todo lo estatuido. Muchos y grandes son los dolores que sufre la humanidad, y ciego e insensible se tendría que ser para no comprender que el presente estado social es un compendio de males y simulaciones sin cuento, en constante escarnio y persecución de los más elevados ideales de libertad e igualdad.

Todo el que estime su propia independencia, se sentirá mortificado al ver su libertad coartada por cualquiera, así ese cualquiera sea la misma ley con que los hombres se han hecho dueños y señores de los hombres.

Para que la humanidad cumpla sus destinos de amplia libertad, preciso es que el hombre vislumbre un mejor porvenir, se haga de un ideal de fraternidad y justicia, y ajuste a ese ideal sus sentimientos.

La solidaridad será el lazo indisoluble que unirá a los seres en la futura sociedad, en la que el noble lema de «todos para uno y uno para todos», puesto en práctica, presidirá constantemente el triunfo de la vida.

El ideal anarquista en que entonces florecerá la vida, habrá hecho del ser humano un amigo de todo, y este verá en el semejante a un hermano digno de su respeto y de su confianza.

Hacia este ideal marcha la humanidad, ideal de justicia, de libertad integral, realizable por el libre acuerdo y fijo, en lo económico, a este precepto altísimo, de esplendencia eterna, por el cúal ha de guiarse cada uno: «producir según sus fuerzas y consumir según sus necesidades.»

JUAN ROTGER.

Fatalmente

Como la luz de la verdad que surge por doquier, así surge en todas partes el nuevo Ideal, el anarquista, fuerte, inquebrantable, que hace estremecer a los tiranos y hace oscilar al Estado,—esa máquina rutinaria, desgastada, que hacen marchar los despojos miserables de la humanidad. ¿Y cómo no han de ser despojos miserables los que hacen marchar la máquina del Estado, si ellos no son ni representan nunca, frente a los productores, más que el parasitismo en perpetuo comer?

Cuando un hombre consciente, que ve todas estas cosas, harto de presenciarlas y de sufrirlas, las combate, entonces es perseguido como una fiera y hasta arrastrado a una cárcel a padecer horribles suplicios. Es que se pretende ahogar la voz de la verdad, es que se quiere que las infamias no sean sacadas a la luz. Pero todo es en vano. El hombre fuerte está decidido, y a pesar de las persecuciones, y a pesar de las cárceles, continúa diciendo cuanto ha visto y sufrido. Y son sus reflexiones las que hacen despertar a los explotados y los alientan a la lucha. Y es así como el Estado comienza a oscilar, porque ya los pilares de embrutecimiento en que se sostiene han empezado a moverse.

El derrumbe se acerca y es inevitable. Los defensores del actual sistema husmean el peligro y tratan por todos los medios de conjurarlo, impidiendo que las masas ignorantes, escuchen la palabra de los redentores. Es inútil, sin embargo, cuanto se haga en tal sentido. Quiérase o no, la verdad se abre paso; los que sufren diariamente el dolor y la miseseria han aprendido a ver que está en sus manos su propia redención. Sólo falta que se unan y se decidan a dar el empujón, y el Estado se derrumbará.

SAMUEL GRAIVER.

Compañeros:
OJO a nuestras administrativas.

Por el dolor al amor

El rapaz vivaracho, lleno de ansiedad, avanza sigilosamente por el camino que bordea un cerco. Con su hondita en la mano, apretando nerviosamente el guijarro que lanzará contra el ave tierna, el cazador saborea ya las delicias de poder igualarse a sus amigos más grandecitos, que le muestran siempre su pendón de victoria: el plumaje que cubriera el cuerpecito de otra ave.

El pajarillo dormita sobre un arbusto, dentro del cerco. El chico avanza, se detiene próximo a él, levanta sus bracitos, va a tirar...

Una voz—la de otro niño,—lo contiene:—Ché, mirá que si matás ese gorrión, es mío.

Se volvió con asombro. Le interrogó con la mirada, suplicante. Y el otro añadió:—Porque cae en el terreno de mi papá.

Quedó perplejo. No comprendía, no podía comprender. ¿Qué sabía él de la maldad de los hombres, de sus egoísmos e iniquidades? ¿Podía acaso discernir su cabecita sobre la mentira infame de los derechos adquiridos?

Bajó la cabeza, y amargamente, resignadamente, como un viejo, rumbeó a su casa.

***

Su padre—el papá del chiquitín que ya sufre, que está triste y no comprende—vive también su dolor, el dolor atávico de todos los pobres, de todos los esclavos.

Alquilaba un pedacito de tierra, trabajaba en ella de sol a sol, y la tierra pródiga le devolvía sus frutos, pan para su prole. Pero este año la cosecha escasa no le proporcionó lo suficiente para pagar el arrendamiento y tenía que abandonar el pedazo de tierra que tantas veces fertilizaron sus esfuerzos. Y estúpidamente se resignaba a su desgracia.

Llegó su hijo, le contó su decepción amarga. Leyó en la tristeza de su pequeñuelo el porvenir de los niños de todos los pobres. Vió claro; se irguió con toda la soberbia del despertar, se sintió renacer y se dispuso a luchar contra todos los prepotentes, contra todos los ricos, por los pobres y los oprimidos, por los hijos de todos los desheredados.

Miró a su hijo, triste, y quiso como Barret «consagrarse a hacer brotar la santa, la loca risa, en sus labios rojos».

Así: «por el dolor, al amor».

ARMANDO SOUTO.

> Se desea saber el paradero de Juan Avellaneda. Dirigirse a José Perez Molina, Casilla de Correo 73. Comodoro Rivadavia,

Mística

Muchas veces sangra el corazón ante el dolor de los demás, el corazón joven y bueno que sabe arrancar lágrimas más preciosas que perlas.

¡Cuántos llantos ha vertido, cuántas penas ha pasado la desdichada humanidad, desde su nacimiento! ¿Podría alguien formar con tanto dolor y tantas lágrimas, una cadena de sufrimientos y decir: hasta aqui llega y no va a ir más allá el mal humano? ¡No!

¿Podrá alguien decir que el placer y el dolor son necesarios, mas que llegará un día en que la humanidad dejará de sufrir? ¡No tampoco!

Pero sí podemos afirmar a ciencia cierta, que el instante vendrá en que el dolor de unos no será más el placer de otros, en que la esclavitud de la inmensa mayoría deje de ser la dicha de la más pequeña minoría.

El camino que sigue la humanidad es este: que cada uno busque la alegría o la pena, la libertad o la esclavización, de acuerdo con los dictados de su propia conciencia, nunca por imposición de los demás.

Anarquistas somos, eternos renovadores, soñadores de siempre, y hacia allá vamos, a la sociedad futura, a la ciudad nueva que cada vez más clara percibimos. El difuso borrón de otrora, del mundo nuevo, ya tiene formas, ya es casi una tangible realidad: nuestro espíritu con un simple deseo ya lo alcanza. Y ya están nuestros ojos fijos sobre la tierra sagrada a la que vamos.

El camino es duro a veces, y a veces es hermoso. Hay en él, en ciertas vueltas y en ciertos escondrijos, bandidos en acecho, miserables sin màs propósitos que los de detener todo progreso; y hay florecillas rojas, que saben encontrar los soñadores, surgidas de la sangre de todos los que cayeron apuñaleados por los bandidos.

Conocemos los peligros, pero marchamos en pos de nuestro ideal. Y canta la juventud himnos al porvenir, mientras la aurora aclara el gran camino por el que vamos hacia el país soñado de nuestras esperanzas al que un día habremos de llegar.

FRANCISCO MAFFEI.

Intransigencia

Sí, somos intransigentes en nuestras cosas. Y claro, pues; no admitimos dualismos de ninguna clase; no pactamos con dios ni con el diablo; no nos casamos con nadie.

Convencidos de la verdad de nuestras ideas, que son bien claras y definidas, las mantendremos bien altas, sin transigencias más o menos, y contra y a pesar de todos los adversarios.

Marchamos hacia la conquista de nuestra libertad integral; nada ni nadie nos hará cambiar de huella. Queremos ser libres,—libres como el aire y como la luz, como los pajarillos en la selva, como cualquier insecto que vive y se desarrolla en la naturaleza.

Por la libertad detestamos a los mandones; por ella luchamos y combatimos contra toda corriente o influencia de gobierno, sea esta burguesa o «proletaria.»

El gobierno sostiene el privilegio para sostenerse a sí mismo. Gobierno es poder, es tiranía. Y la tirania es violencia.

El dominio de unos pocos sobre los muchos, eso es el gobierno.

El gobierno es el defensor del pillaje, que autoriza la ley y ampara la fuerza. Sólo el gobierno es el que arrastra al pueblo, por medio de sus órganos de educación, al estado de miseria en que se debate y a la condición de esclavo en que yace.

Nosotros repudiamos al gobierno, cualquier gobierno, porque estamos convencidos que donde hayan dictadores o mandones, ya se llamen estos Alvear o Lenin o actúen en los sindicatos desde los campanudos secretariados que se aspira a hacernos pasar por cosa necesaria, siempre tendremos que vivir supeditados a obedecer, al respeto y a la sumisión. Y nosotros queremos ser libres; no queremos que nuestra vida transcurra en perpetuo acatamiento, porque no somos serviles, porque no somos sumisos, porque no somos carneros y porque, en una palabra, somos esto, sin más vueltas: anarquistas, ¡qué caray!

FRANCISCO LATTELARO.

Tres Arroyos, 20-3-1923.

Administrativas

No las hacemos por esta vez. Han venido tan pocos pesos, que ni sumados a los 39.68 sobrantes del número anterior, nos alcanzan para pagar este número,—como que nos queda un déficit de 40. pesos. Desde ahora en adelante, pues, si no se nos pagan las deudas o no se nos ayuda, podremos decir así:

«Ideas» aparece cuando puede.

Función y Conferencia

El 1º de Mayo en la «Operai Italiani», 12 entre 56 y 57

a las 21 horas

Se pondrá en escena el drama en tres actos de JOAQUIN DICENTA:

AURORA

CONFERENCIA por el compañero CARREÑO

MANCHA DE TINTA, versos de ALMAFUERTE, recitados por PALMIRA LAMAS

Precios de entrada: Hombres $ 1.00. Mujeres 0.50. Niñitos, gratis

FEDERACIÓN OBRERA LOCAL—COMITÉ PRO PRESOS

AGRUPACIÓN «IDEAS».